

SUMARIO

El Jarama, por C. Rodríguez.—Ibsen y Daudet, por Clarín.—Lectura de literatura, por Joaquín Balmaseda de González.—Caridad, por Miguel Mendez Alvarez.—Charra de las charlas, por M. Soriano Fuentes.—Hijos de Madrid, por H. Peñasco de la Puente.—La canción del vinagre, Collar y El ruido de los alfileres, por Salvador Rueda.—Desde el boulevard, por Ricardo Blasco.—Carta semanal de Londres, por B. de Oya.—Música madrileña, por M. Ossorio y Bernard.—Libros nuevos.

MADRID

EL JARAMA

Decía al hablar del arbolado que es indispensable para repoblar los alrededores, disponer del agua necesaria, pero ahora tengo que añadir que para que Madrid sea una capital de importancia es necesario fomentar la producción, crear una agricultura y una industria que sostengan un comercio activo; y que para crear esa producción es preciso empezar por reunir los elementos que faltan para que la riqueza se desenvuelva, y entre esos elementos el más interesante de todos es el agua.

Si no hubiera facilidades de traer económicamente y en cantidad bastante toda el agua que en las inmediaciones se necesita, habría que perder la esperanza de transformar las condiciones de esta villa, pero por fortuna no estamos en este caso: por el contrario existen datos, fundamentos sólidos, para asegurar que puede realizarse, sin obstáculos graves esa primera parte del ideal de las reformas.

Muchos tanteos y anteproyectos se han hecho en diferentes épocas, pero prescindiendo de ellos porque no son todo lo concretos que es de desear cuando se persigue un fin práctico, solo he de hablar de un proyecto, detalladísimo por cierto, de aprovechamiento de las aguas del Jarama.

Tropieza este proyecto como todos los de esta índole, en España, con el escaso caudal de agua, que tienen la mayoría de nuestros ríos en el estiaje; y tropieza también con el inconveniente de los aprovechamientos concedidos, y que no hay más remedio que respetar.

Para salvar estas dificultades, los autores del proyecto Sres. Gorria y Paydro han tenido que recurrir á los embalses estudiando tres pantanos, uno en el Jarama, otro en el Guadalix y otro en el Albalá, que surcan en conjunto más de 90 millones de metros cúbicos.

Desde el término de Valdepeñas de la Sierra donde se toma el agua, parte el canal principal y pasa por el pontón de la Oliva, Torrelaguna, El Molar, San Agustín, Colmenar Viejo, Fuencarral y Chamartín de la Rosa, y termina cerca de Tetuan, siendo la altura del fondo en la terminación del canal de 711'80 metros sobre el nivel del mar en Alicante y cerca de 33 metros más alto que las aguas del Lozoya.

El canal de riego que se deriva del canal principal, pasa por Chamartín, Colonia de la Concepción, Viedlaro y Vallecas, aprovechando en total seis metros cúbicos de agua por segundo.

Fácilmente se comprende que para llegar á este resultado se necesita realizar obras de importancia. Además de los tres pantanos ya citados y del depósito partidario, sería necesario construir siete sifones y 16 acueductos. El desarrollo del canal principal sería de 90 kilómetros, de 20 kilómetros el desarrollo del canal de riego y de 60 kilómetros el de las acequias secundarias.

Después de enumerados los principales trabajos que el proyecto de aprovechamiento de las aguas de Jarama exigiera, á nadie puede extrañar que el presupuesto ascienda á 51.461.000 pesetas.

La importancia de esta cifra y la triste historia de los canales de riego en nuestro país, son dos inconvenientes graves para que el proyecto se realice, pero no es asunto este para juzgarse dejando llevar por la impresión del momento y sin analizar todos sus extremos.

Con arreglo á la ley de 27 de julio de 1883, las subvenciones y premios del Estado reducen el presupuesto á 35 millones de pesetas.

La situación de un canal, en las inmediaciones de Madrid, cuya zona regable es de 16000 hectáreas y que necesita además una fuerza de 4900 caballos hidráulicos, no se parece ni remotamente á la situación de las demás canales de riego.

Para transformar la agricultura de una comarca no basta el agua, con ser muy importante en este clima, se necesitan otras porción de condiciones que no siempre se reúnen fácilmente. El riego exige mayor intensidad en el cultivo, y esa mayor intensidad no se realiza, sin un gran gasto de abonos, sin una población agrícola importante, sin un mercado seguro que consuma directamente ó esposite los productos.

Estas dificultades son las que más se oponen al aprovechamiento de los canales hasta hoy construidos, pero esas dificultades en los alrededores de Madrid no existen.

Aquí se encuentra el mercado inmediato, se encuentra el abono en abundancia, y claro está que la población rural se crea y se desarrolla directamente ó esposite los productos.

En el estudio de la parte económica del proyecto se llega á una solución satisfactoria, después de una serie de cálculos precisos y de razonamientos lógicos minuciosamente detallados. El capital que acometiera esta empresa había de obtener un beneficio suficiente para cubrir el interés y la amortización y en estas condiciones, en cualquier otra parte donde no se miraran con el desvío que aquí se miran todas las cosas que con los intereses materiales se relacionan, en otro país donde el espíritu de empresa se hallara desarrollado, los trabajos para la conducción de las aguas del Jarama habrían empezado en el momento mismo en que terminado y comprobado el proyecto hubiera obtenido la sanción oficial. Esta empresa, lejos de tropezar con dificultades financieras hubiera sido acogida con entusiasmo.

Aquí sucede en este género de asuntos todo lo contrario de lo que debiera suceder; pero dejando para otra ocasión, lamentaciones que ahora para nada sirven y aceptando los hechos, tal cual son, lo práctico, lo real y efectivo es que las empresas de importancia no se intentan sin el auxilio directo ó mejor aun sin la garantía oficial.

No quiere esto decir que yo dude en absoluto que este género de trabajos no encuentren capital que los realice sin el concurso de la administración; pero sí creo que este concurso es decisivo y que en los asuntos que interesan directamente y que no se debe dilatar, desde luego conviene utilizar ya sea en una forma ó en otra, la protección oficial.

Esa protección, á mi juicio, de ningún modo es más beneficiosa para los intereses del país y de ningún modo es más decisiva para las empresas que garantizando un interés al capital.

Si suponemos que la Diputación y el Ayuntamiento garantizan un interés determinado, el 5 por 100 por ejemplo, el sacrificio que se impondrían asciende cuando más á 1.750.000 pesetas anuales ó lo que es lo mismo á 875.000 pesetas para cada una de esas corporaciones.

No creo aventurado asegurar que con esa garantía se encontraría sin dificultad el capital necesario; asegurar sin temor á aventurarme que en el terreno económico, sin atender á consideraciones de otro género, se había de obtener un resultado satisfactorio aun en el caso peor aun admitiendo la hipótesis de que se obtuviera un mal resultado en la empresa y hubiera que satisfacer íntegro el tanto por ciento convenido.

La circulación de los capitales empleados en obras públicas, desde el momento mismo que estas comienzan se traduce en un aumento de ingresos y bajo este punto de vista los trabajos de este proyecto que conjugarían, dicho sea de paso la crisis obrera por algunos años, habría de fomentar los recursos de que hoy dispone la provincia y el Municipio.

Por las empresas de la índole del canal del Jarama aumentan prodigiosamente la riqueza y ese aumento de riqueza inmediato se manifiesta en la recaudación de un modo muy ostensible. Se crean también nuevos elementos de producción que tributan y todos estos elementos que cada uno de por sí tiene verdadera importancia, reunidos constituyen una fuente de ingresos que supera con mucho al sacrificio que exija la garantía del interés.

No es fácil concretar en números estas cuestiones y mucho menos en poco espacio; pero fijándose en cualquier detalle basta para comprender el alcance que en el orden económico tienen estos trabajos.

En todas partes donde hay agricultura próxima, la limpieza de las poblaciones, lejos de ser un gasto es un ingreso para los Ayuntamientos. Actualmente, el servicio de limpieza y de pozos negros cuesta de 400 á 500.000

pesetas al año. Si una estensa zona regable en las inmediaciones necesitara gran cantidad de abonos, aun en el peor caso si la limpieza de Madrid no produjera dinero por lo menos se haría gratis, solo por su aprovechamiento y por este solo concepto encontraría el municipio la mitad de los 875.000 pesetas que tendría que abonar anualmente en el caso improbable de que el canal proyectado no diera ningún interés.

Me he fijado en ese hecho porque se puede concretar fácilmente y para llevar el convencimiento al ánimo de todos de que los gastos reproductivos no solo por los beneficios directos que proporcionan, sino por los aprovechamientos indirectos que facilitan, son siempre de un éxito seguro.

El agua en cantidad suficiente en los alrededores es indispensable para el engrandecimiento de esta pueblo porque con ella se obtienen la repoblación del arbolado se crea una producción agrícola y se poseen los elementos necesarios para crear una producción industrial. Con el agua en resumen se conquista la higiene y la riqueza, las bases indispensables para que Madrid pueda ser una capital de primer orden.

J. RODRIGÁÑEZ

IBSEN Y DAUDET

(CONCLUSIÓN.)

IV

Oswaldo, á quien su madre alejó del hogar por apartarle del ejemplo y del contagio de su padre, llega á ser en París artista de grandes esperanzas, pero el vicio le llama, la vida alegre le envuelve, le va tragando como arena movediza y él siente que se hunde y siente el horror de la fatalidad fisiológica por que se hunde. Este es su secreto. Al volver al lado de su madre, en la que piensa que existe poco amor para él, porque ha podido vivir tanto tiempo sin verle, experimenta la coacción irresistible de comunicarle sus angustias, su terror... Y después de comer y beber con exceso, que acuña á la señora Alving, su hijo acaba por revelar el terrible misterio de su vida, por ensañarla aquella repugnante liaga de un herencia; herencia de que él no sabe nada, pero de cuyos resultados está seguro por sus propias ideas.

La situación, como se ve, es harto más dramática é interesante que la del *Obstáculo*.

«Escúchame tranquilamente. Lo que tengo no es una enfermedad, lo que se llama enfermedad generalmente. (Crezando las manos sobre la cabeza.) ¡Madre! tengo el espíritu así, como roto. Soy hombre al agua. Ya nunca podré trabajar. (Ocultando el rostro entre las manos y cae á los pies de su madre sollozando.)»

Señora Alving.—Oswaldo, mírame. No, no, lo que dices no es verdad...

Oswaldo.—¡No trabajar jamás! ¡Jamás! ¡Ser como un muerto vivo! Madre ¡compránde este horror! ¿Puedes figurártelo!

Señora Alving.—¡Desgraciado hijo mío! ¿Pero de dónde viene ese horror? ¿Cómo se ha apoderado de tí?

Oswaldo.—No puedo darme cuenta de ello. Jamás me he abandonado á una vida... que pueda llamarse borrascosa. No, en ningún sentido. Puedo creerme: soy sincero.

Señora Alving.—Oswaldo, no lo ando...

Oswaldo.—... Primero violentos dolores de cabeza, sobre todo en el occipicio; me parecía tener el cráneo dentro de un círculo de hierro. Me era imposible trabajar. Quise comprobarlo con un gran cuadro. Mis facultades no me obedecían; no podía concentrar la atención, fijar las imágenes; todo daba vueltas en mi derredor, era un vértigo. Por fin llamé al médico. Por él lo sé todo.

Señora Alving.—¿Que quieres decir?

Oswaldo.—Era una notabilidad. Me preguntó cosas que aparecieron que nada tenían que ver con mi estado. Acabó por decirme: hay en usted desde su nacimiento, algo así... *vermoulé*; si se sirvió de esta palabra francesa.

La señora Alving.—(Con atención concentrada.)—¿Qué quiere decir eso?

Oswaldo.—Eso era lo que yo no comprendía. Por fin se explicó el sentido del hombre... (Apretando los puños.) ¡Oh!

Señora Alving.—¿Qué dijo?

Oswaldo.—Dijo los pecados de los padres caen sobre los hijos.

Señora Alving.—(Enternecida)

lamentos.)—¡Los pecados de los padres!

Oswaldo.—Me daban tentaciones de abofetearlos...

Señora Alving.—(Atravesando la escena.)—Los pecados de los padres...

Oswaldo.—Por tus cartas le hice comprender que no habría caso, que mi padre...

Señora Alving.—¿Y entonces?

Oswaldo.—Entonces comprendí que había equivocado el camino. Y así fué como pude saber la verdad, la incomprendible verdad. Oh, la dichosa vida expansion de la juventud... las campañas de la gente alegre. Debí haberme abstenido. Había ido más allá de lo que consentían mis fuerzas. ¡Todo por mi culpa!

Señora Alving.—No, Oswaldo, no creas eso.

Oswaldo.—No había otra explicación posible.—¡Perdido para siempre por mi propio aturdimiento! Si á lo menos fuese una herejía, algo contra lo que yo no pudiera luchar...

Oswaldo pide á su madre horrorizada, como un niño mimado, que satisfaga sus vicios: la sed, aquella ardiente, constante sed... Y después le pide el cuerpo hermoso, seductor, fresco y robusto de Regina, la *meriposa negra*, la pérdida criada.

En adelante el drama puede decirse que es esta lucha de la madre y el hijo; y la madre va cediendo, y va entregando á Oswaldo todos los medios de disolución que reclama; sin detenerse en miramientos morales... Además, la señora Alving que sacrificó su existencia á la crápula de su esposo, que contrarió los propios instintos y tiene, como ya se ha dicho, el temor del dimiento del placer no gozado, de la alegría humana jamás satisfecha; quiere desquitarse de su hijo y lo acompaña como un aya del vicio en todas sus estrafalarias de concupiscencia doméstica. Pero el mal avanza, Oswaldo se precipita en esa especie de *puerilidad nerviosa* que lleva á la muerte por una trágica parodia de la infancia.

La madre le suministra el alimento de la concupiscencia como pudiera darle juguetes al niño enfermo. Son terribles verdaderamente las últimas escenas en que esta estremada situación moral y filosófica se pinta. La simplificación de tales pasajes de espanto, causa vértigos, aprensiones del contagio del mal. En prueba de ser artista capaz de representar exactamente el Oswaldo que se deseca en el limbo de la *incoercencia*, en una estúpida gracia infantil; el final de *Los apocritos* será un espectáculo casi intolerable pero de un vigor dramático que recordará el terror que causaban en el pueblo helénico las tragedias griegas, y el que aun producen en el pueblo persa sus dramas estrafalinos.

Qué lejos, y qué por encima (en el aspecto artístico) estamos con todo esto de la *tesis* consoladora de Daudet y de aquella *herencia* que no sale á la escena siquiera...

Regina, la salud y la corrupción, la partida. Oswaldo y su madre quedan solos.

—Madre, dice Oswaldo, soy un enfermo. No puedo pensar más que en mí mismo!

Señora Alving.—Bien; bien. Yo sabré tener paciencia...

Oswaldo.—Y alegría, madre!

Señora Alving.—Bien, sí; lo que quieras. ¿No he conseguido alejar de tí todo lo que te sofocaba... remordimientos?

Oswaldo.—Ay, sí. Pero ahora ¿quién me librará de la angustia?

Señora Alving.—¿La angustia?

Oswaldo.—Regina lo hubiera conseguido con una sola palabra (1).

Señora Alving.—¿Por qué hablas de angustia y de Regina?

Oswaldo.—Madre, va pensando la noche?

Señora Alving.—Ya á despartar el día. El alba colera las cambres. Tendremos buen tiempo, Oswaldo! Dentro de pocos instantes verás el sol!

Oswaldo.—Me alegro. Hay tantas cosas que pueden alegrarme y convidarme á vivir!

Señora Alving.—¿Ya lo crees?

Oswaldo.—Aunque no pueda trabajar...

Señora Alving.—Podrías trabajar, pronto podrías...

Oswaldo.—Y ahora, que has disipado mis aprensiones, y el sol va á salir... hablemos, madre. Vas á saberlo todo.

Señora Alving.—¿Que quieres decir?

Oswaldo.—(1) Cuando digo esta sola frase... cuántas cosas puedo decir de la *herencia*. Había sido como un niño que se contenta de la *herencia* como un niño que se contenta de la *herencia*.

Oswaldo.—Madre, ¿no has dicho esta noche que nada hay en el mundo que no hicieras por mí si yo te lo rogase?

Señora Alving.—Sí, le he dicho y es verdad.

Oswaldo.—Pues escríbame, y no me interrumpas, oigas lo que oigas. —Has de saber que esta fatiga... y este estado en que la idea del trabajo se me hace insoportable... todo eso no es mi enfermedad en sí misma. Esta enfermedad que me ha tocado por herencia... (puso un dedo sobre la frente) está aquí dentro.

Señora Alving (casi afónica).—Oswaldo! No, no!

Oswaldo.—No gritas... No puedo soportarla... Si, ya lo sabes... está aquí dentro... sacnáchala... y á lo mejor puede estallar...

Señora Alving.—¡Ah, es espantoso! Oswaldo.—Tranquilidad, madre.— Así me veo!

Señora Alving (dando un salto).— ¡Todo eso es falso! Es imposible!

Señora Alving.—El niño tiene á su madre para curarle.

Oswaldo.—Ya tuve un acceso allá abajo. Pasó pronto, pero me vi perseguido por la angustia que me enloquecía... Y tan pronto como pude he corrido á tu lado... Es un horror indecible, ¡si no se tratase más que de una enfermedad mortal ordinaria! Al fin, he temido tanto la muerte que... y ese que bien quisiera vivir todo el tiempo posible...

Señora Alving.—Oh, sí y vivirás, Oswaldo.

Oswaldo.—Pero hay en esto una cosa tan horrible! Volver, por decirlo así, al estado de la primera infancia... Necesitar que otro me alimente... ¡Ah! no hay palabras para expresar lo que padezco!

Oswaldo (*dejando su sitio de un brinco*).—No, jamás! Eso es justamente lo que yo no quiero! Me resisto á la idea de permanecer en tal situación años y años, de carecer y encanecer así... Y en tanto tu podrías morir y dejarme solo. (*Se sienta en la misma silla de su madre*.) Porque el médico me ha dicho que esto no acaba necesariamente por una muerte inmediata. Pretende que es el cerebro que se ablanda... sí, una especie de *blanura* en el cerebro ó algo parecido (*convisa panacea*). Me parece que la palabra suena armoniosamente... Constantemente me siento inclinado á representarme tercios de seda, rojos, color cereza... Algo delicado que se acaricia.

Señora Alving (*gritando*).—Oswaldo!

Oswaldo (*levantándose de un brinco y atravesando la escena*).—¡Y me has arrebatado á Regina! ¿Por qué no estás aquí! Ella sabría socorrerme...

Señora Alving (*acercándose á él*).—¿Qué quieres decir, hijo del alma? ¿Qué socorro habrá que yo no esté dispuesta á ofrecerte?

Oswaldo.—Cuando recibí el sentido, después de mi acceso de allá abajo... de París... el médico me dijo que si este repetía... y repetirá... no había esperanza.

Señora Alving.—¿Y tuvo valor para decirte eso!

Oswaldo.—Lo obligó yo. Le dije que tenía que dejar algo dispuesto... (*sonrisa maliciosa*). Y era verdad. (*Se va una cajita de un balaño interior*.)

Madre, ¿ves esto?

Señora Alving.—¿Qué es?

Oswaldo.—Polvos de morfina.

Señora Alving (*mirándole con estupefacción*).—¿Oswaldo, hijo mío!

Oswaldo.—He conseguido reunir doce paquetes.

Señora Alving (*procurando coger la caja*).—¿Dame esa caja, Oswaldo!

Oswaldo.—¡Todavía no, madre. (*Guarda la caja*.)

Señora Alving.—No sobreviviré á este golpe.

Oswaldo.—Se puede sobrevivir... Si tuviera á Regina aquí, le diría mi resolución y le exigiría este último servicio. Regina, estoy seguro, no me la negaría.

Señora Alving.—¿Jamás!

Oswaldo.—Si el acceso me sobreviniera en tu presencia, y me hubiera visto aquí tendido en el suelo... más débil que un recién nacido... impotente, miserable, sin esperanza, sin salvación posible...

Señora Alving.—No, Regina no hubiera consentido jamás.

Oswaldo.—Regina no hubiera dudado mucho tiempo. ¡Tenía un corazón tan adorablemente ligero! Y además, pronto se hubiera cansado de cuidar á un enfermo como yo...

Señora Alving.—Entonces, ¿demonstraciones á Dios, porque se ha marchado?

Oswaldo.—Sí, madre, y ahora... tú

Señora Alving (un grito).—¡Yo! Oswaldo.—¿Quién, si no tú? Señora Alving.—¡Yo! ¡tu madre! Oswaldo.—Precisamente Señora Alving.—¿Yo, que te he dado la vida? Oswaldo.—Yo no te la he pedido. ¿Y qué vida la que me has dado! No la quiero. Tómala. Señora Alving (huyendo hacia el vestíbulo).—¡Socorro, socorro! Oswaldo (corriendo tras ella).—¡No me dejes solo! ¿Adónde vas? Señora Alving.—A buscar al médico. Déjame salir. Oswaldo.—Ni saldrás tú, ni entrará nadie. (Se encierra, con llave, en la estancia con su madre.) Señora Alving.—Oswaldo, Oswaldo, hijo mío! Oswaldo.—¿Y tienes tú corazón de madre? ¿Y puedes verme sufrir esta angustia sin nombre?... Señora Alving.—Toma mi mano. Oswaldo.—¿Quieres? Señora Alving.—Si llega a ser necesario. Pero, no, será. ¡Es imposible, imposible!

Oswaldo.—Esperémoslo así. Y en tanto, vivamos juntos todo lo que podamos. Gracias, madre. (Se sienta en la butaca que la señora Alving ha acercado al sofá. Es de día. La lámpara continúa ardiendo sobre la mesa.) Señora Alving (acercándose suavemente).—¿Te sientes ahora más calmado? Oswaldo.—Sí. Señora Alving.—Todo ello no era más que cosa de la imaginación... Estás muy fatigado. Es necesario que reposes... ¡Aquí, a mi lado, junto a tu madre, hijo del alma! Todo lo que quieras, cuanto pidas, te lo daré yo; sí, lo mismo que cuando eras un rapachuelo. Ya ves; ha pasado el ataque. ¡Ah, bien lo sabía yo! Y ahora, mira, Oswaldo, ¡qué hermoso día tenemos! ¡cómo resplandece el sol!... (Se acerca a la mesa y apaga la lámpara. Sale el sol, en el fondo del paisaje las montañas y la llanura brillan con los rayos matutinos.) Oswaldo (inmóvil en su butaca, vuelve la espalda al fondo del escenario; de repente pronuncia estas palabras).—Madre, dame el sol.

Señora Alving (junto a la mesa, mirándole, espantada).—¿Qué dices? Oswaldo (con voz sorda).—¡El sol, ¡el sol!

Señora Alving (acercándose a él).—Oswaldo, ¿qué tienes? (Oswaldo se desloma en la butaca; todos sus músculos se aflojan; el rostro pierde ya su expresión; los ojos, apagados, miran fijos.) Señora Alving.—¿Qué es esto? (Gritando.) ¡Oswaldo! ¿qué tienes? (De rodillas ante él, y sacudiéndolo.) ¡Oswaldo, Oswaldo, mírame! ¿No me conoces?

Oswaldo.—¡El sol! ¡el sol!

La señora Alving (levantándose de un brinco, desesperada, las manos en la cabeza, y gritando).—¡No puedo! ¡Jamás!... ¿Pero dónde están? (Busca con rapidez en los bolsillos de Oswaldo.) ¡Aquí! (Retrocede y exclama.) ¡No!... ¡No!... ¡Sí!... ¡No, no!

(Con las manos rígidas, entre el cabello, permanece a algunos pasos de su hijo, fijos en él los ojos espantados.) Oswaldo (siempre inmóvil).—¡El sol! ¡el sol!

CLARIN.

LECCION DE LITERATURA

Hablan una doncella y un poeta: ella toda candor, él la mente exaltada, el alma inquieto de inspiración amor. Como es sabido, que entender a una de todo la mujer, basta quiere entender de poesía que no es poco querer; y así dice al galán, que de sus ojos se retrata en la luz para aumentar con ellos los enojos que le sirven de cruz. —Dime, qué es el idilio? qué es la oda? el madrigal qué es? poeta tú, la poesía toda despierta mi interés, y saber quiere el corazón ardiente lo que hasta hoy ignoro y qué misterio creador tu mente del cielo recibí. —Pues escuchame bien, gentil curioso, dice el queriendo hacer reglas, cuando la mano de la hermosa sienta en la suya arder. Mirame, que en mis ojos está escrito por mano del amor cual se adquiere volando al infinito el fuego creador. ¡No me miras y callas confundida? —Tus ojos me hacen mal; y ese que por mirarlos tengo vida! —Ese es el madrigal. Y cuando ayer en tu jardín la tarde veníamos morir / o sol, más bello cuando tibia arde comenzaba a partir, y en alas de la ardiente fantasía a otro mundo mejor donde reinan perpetuos la alegría y el celeste candor, trasladados nos vimos, y gozamos tan inocente bien, que más que mucho en trambos le jugamos trauento del Eden; de a tales horas, niña nombre pidas, le sabes como yo, es que de nuestras almas confundidas al idilio traté

¿Y recuerdas las aves entonando su mágico cantar, y las flores en tallos inclinándose del viento al susurrar, y la sierra marcando allá a lo lejos sus crestas en la luz, mientras quitaba al día los reflejos de la noche el apuz; y más cerca la blanca chimenea que el humo al exhalar pregonaba paz, hogar, familia, idea de vivir para amar, y en la altura la voz de la campana que imponente llegó y en nombre hablando de la fe cristiana el cielo nos mostró...? Toda, niña, trazó la *ota* más bella que escrita nunca vi, más bella aquella tarde, porque en ella esta a junto a ti. No quieras penetrar nombres y giros que la fría razón creó, reglamentando los suspiros que exhala el corazón; Piensa, y por ella tu instintos que de lo bello en pos, está en la vida real la poesía, y es el poeta Dios!

JOAQUINA BALMASEDA DE GONZALEZ.

CARIDAD

Aquel sábado, María de la Caridad volvió muy triste a su casa. Caridad, como la llamaban sus compañeras de oficio, era la muchacha más bonita y virtuosa que trabajaba en uno de los principales obradores de modas de Madrid. Cuando María llegó a la puerta del sotabanco que habitaba en la calle Ancha de San Bernardo, dos lágrimas temblaban en las hermosas pestañas de sus ojos negros. —¿Vienes enferma, hija mía?—preguntó la anciana que abrió la puerta, fijándose en la palidez que cubría el rostro de la modista. —Madre,—injuró la joven,—te traigo una mala noticia. La maestra de corte me ha dicho que por ahora no puede darme trabajo. También han despedido del taller a Blanca y a otras oficiales que viven en la mayor pobreza. Y Caridad abrazó sollozando a su madre, cuyo rostro humedeció con el llanto. —¡Dios tendrá compasión de nosotros!—exclamó la anciana besando la pura frente de su hija. Aquella noche se acostaron tarde, y Caridad no pudo conciliar el sueño. Con el pensamiento fijo en el porvenir que le esperaba, recibió en sus ojos la claridad del día, que iluminando débilmente el cristal del ventanillo de la alcoba, sorprendió la triste mirada de la joven.

Pasaron tres meses sin que María de la Caridad pudiera encontrar trabajo. Agotados los escasos recursos de que disponían, empeñadas las ropas y vendidos los modestos muebles que adornaban el sotabanco, la miseria envolvió a las dos mujeres. Habían sido despedidas del cuarto por falta de pago y esperaban de un momento a otro que se presentara el portero para cumplir las órdenes del administrador de la casa. Una mañana que salía Caridad a pedir ocupación en algunas tiendas recomendadas por sus amigas, encontró al portero en la escalera y le dijo: —Si hoy no me dan trabajo, le entregaré las llaves del sotabanco esta tarde. —Ya sabe usted,—advirtió el portero,—que yo no tengo la culpa. El administrador es un hombre tan exigente... Ayer estuvo aquí y me encargó que si hoy no se marchan ustedes, se lo avisara enseguida y *apresentar* la demanda de desahucio. Caridad no fue admitida en ninguno de los obradores que recorrió. Oyeron con indiferencia el relato de sus desgracias y nadie se conmovió de sus súplicas. Temblando de frío y sintiendo los estragos del hambre y el cansancio, volvía al lado de su pobre madre. Llevaba el semblante lívido y los ojos desecados. —¿Cuánto sufría la desventurada! Al cruzar por la Puerta del Sol, se detuvo un momento. La desesperación se había apoderado de Caridad y le asaltó una idea horrible. Pensó en el suicidio. Quiso dejarse atropellar por los caballos de una lujosa berlina que en aquel instante pasaba a su lado; más el cochero pudo contener a tiempo a los animales y la joven no consiguió su fatal propósito. Al detenerse el carruaje tan bruscamente, una elegante dama se asomó a la ventanilla del coche para enterarse de lo que ocurría. —¡Caridad!—exclamó la señora llamando a la suicida. —¡Blanca!—gritó asombrada Caridad, reconociendo en la joven del carruaje a su antigua amiga, la oficiala del obrador de modas que había sido despedida cuando ella.

Caridad huyó avergonzada de aquel sitio, porque en un momento adivinó la historia de su compañera y no quiso estrechar la mano que le tendía. —Esa desgraciada,—dijo confundido entre la gente,—no tuvo abnegación para soportar los horrores de la miseria y vendió a buen precio su hermosura. Al pasar María por la calle de Preciados oyó algunas frases galantes que le dirigían los transeuntes. Entonces pensó en que ella era más hermosa que Blanca... pero se acordó de su madre y llegó hasta la puerta de su casa sin que la sombra de la impureza hubiese ocultado el esplendor de la virtud. —Juan,—dijo deteniéndose en la portería,—súbase usted y se hará cargo de las llaves. Al mismo tiempo guardará en su cuarto el jergón, la manta y una silla que es lo único que nos queda, como usted sabe, y otro día vendremos por ello. —¿No ha podido usted encontrar trabajo? —No.

Apoyando sus desfallecidos cuerpos en una de las puertas del grandioso edificio que el Banco de España ha construido en la calle de Alcalá, dos mujeres se resguardaban del viento helado que corría. Eran María de la Caridad y su madre. Envueltas en un pedazo de manto, sufrían resignadas los estragos del hambre y la crudeza del tiempo. Cuando algún transeunte pasaba por delante de aquellos infelices seres, Caridad extendía el brazo en demanda de una limosna; pero siempre retiraba la convulsa mano oprimiendo entre sus dedos los copos de nieve que caían del cielo. En esta espantosa situación permanecieron algunas horas. A las once de la noche recogieron los agentes de policía a la joven modista y a su madre, llevándolas a uno de esos benéficos Asilos donde la caridad acoge a los seres que la desgracia arroja en medio de la calle. En aquel humanitario albergue encontraron hospitalidad, abrigo y alimentos para restablecer sus perdidas fuerzas. María de la Caridad, que cuando vino al mundo fue recogida en el toro de la Inclusa por la misericordia humana y adoptada desde la niñez por la santa mujer a quien creía su madre, volvía a encontrar en el oscuro camino de su vida la mano de la caridad que aquella noche la salvó de la muerte. Por eso decía la infortunada niña al acostarse en el lecho que le ofrecían los amigos de los pobres: —¡Benditos sean los que velan por la vida de los desamparados, practicando las obras de misericordia!

MIGUEL MENDEZ ALVAREZ

CHARLA DE LAS CHARLAS

SCRITA EN ESTILO VULGAR Y RAMPON.

(Conclusion.) Y volviendo a Maricuela, digo que se vió y se deseó para ver de sacudirle la mosca; porque la vieja le apretaba diciendo, tijeretas han de ser, que ya le había llegado su San Martín, y que no debía guardarse para simiente de rábanos; ni ello es cosa, decía, que se puede legar en testamento para que otro se lo mame a la salud del difunto. La chica puso pies en pared y dijo que por vida de tantas y cuantas, que haría y que acontecería si no la dejaba ir por donde había venido. La vieja portaba que naranjos, porque no quería quedarse tocando tabletas con un palmo de narices, después de hecho el gasto y la gente junta. De esto fue tomanse vuela la pelotera, y no acabara si no sabiese por la escalera un tropel de los demonios y se colocasen de hoz y de coz en la sala el alcalde, el sacristán, Gilico y el alguacil, como venidos en volandas por arte de birlibirloque. En aquel punto acabaron los dares y tomara y los dimes y diretes: al gordo, que aun no había dicho esta boca es mía, se le cayeron los palos del sombrero; Maricuela tembló toda de pies a cabeza como un azogue; el sacristán le plantó un pellizco en las nalgas que le hizo ver luces. ¡Ay! exclamó la pobre, poniendo el grito en el cielo; el alcalde dijo: aude la lengua y las manos quietas, y ojo alerta, que quien manda manda. Gilico estaba que un color se le iba y otro se le venía; y el alguacil, al ver que los trastos no importaban tres cominos, dijo para su capote; ¡más es el ruido que las nueces! Pero la vieja se comió la partida, torció el gesto, puso cara de vinagre, y dijo que por qué ni para qué se había dado aquella campanada; el alcalde le mandó cerrar el pico, y le preguntó si había otros moros en la costa. No hay en mi casa más calzones, contestó la tía, que los de aquel papunatas. Entonces, dijo el alcalde a Patillas: de aquello nada hay perdido; el sacristán repuso: el diablo las tienta, no sino llévele la mano al cerro y lo verá levantar la cola. ¡Qué cola ni qué diablo ha de levantar, le interrumpió la vieja, si no puede moverlo un temblor de tierra! Y ¿quién la mate donde no la llaman? dice el

mozo, que si se me encrespa la melena le hago hacer boca de tífere sin que valerle pueda la bula de Meo. Pues ¡miren, replicó la vieja puesta en jarras, cómo sale con su pata de gallo, ni quién le ha dado pie para que se me suba a las barbas! Yo me rapara las mias, dijo el sacristán, si de esta escapada y no muere. Punto redondo, dijo el alcalde, y nadie chiste ni miste, que todo saldrá a la colada. ¡Oh, cómo se no le duele, porque no tiene hijas! Pero tiene mujer, repuso la vieja, y le basta y le sobra para que no le falte en qué entender. ¡Tal que dijiste! Al alcalde se le subieron las moscas y se le fué el santo al cielo, y comenzó a escupir por el colmillo, que era una bendición de Dios. La vieja siguió echando por aquella boca sajos y enlebrás; pero Gilico metió su cuarto a espadas y dió contra la vieja arrojándole la zancadilla y echándole patas arriba, filo por filo, a la nariz del gordo. Este que la vió más oscura que una boca de lobo, cerró los de pulga y abrió la de gachas é hizo de su torta un rollo. ¡Dónde estamos aquí! dijo el alcalde levantando a la vieja; y ésta, tiesa que tiesa, la emprendió más ahina, repitiendo como una cotorra: ¡tú a mí! ¡a mí, que desciendo de los Pulgares, Ponces y Portocarreros, y de otras pes que me levantan hasta Pelayo, y que si las de las penas y pleitos me han rebajado a la del punto en que me veo, no es mia la culpa, sino de la que tiene cara de hereje! Por vida de Satanás, que esta no se ha de echar en saco roto. Pues reniego del nombre que tengo, dijo Patillas, si con tanta prosapia me llega la puerca a la suela del zapato. Cada cual, interrumpió Maricuela, es hija de su madre. Y díjole la vieja: así lo fueras de tu padre, que otro gallo te cantara. Pues ¿quién es el padre de mi hija? preguntó el sacristán, a lo cual contestó la vieja: averigüelo Vargas. Eso, dijo el alcalde, es harina de otro costal; y como estaba el hombre tragando saliva, que lo podían ahogar con un cabello, por las cosquillas que le hizo lo que oyó de su mujer, trató de que acabase la fiesta en paz, para quedarse a sus anchas y largas con la vieja, y por el hilo sacar el ovillo. Y como ella entendiese la tramandana, tomó aliento y respiró, tornó a ponerse sobre el hito, y dijo que era tan cierto como tres y dos son cinco, el haberle la muerte pagado alcabala más veces que pelos tenía en la cabeza; y que no le buscasen la lengua, porque si tiraba de la manta, se habían de quedar todos haciendo cruces. Entonces Patillas, que estaba tragando veneno, embistió otra vez contra ella a cierra ojos y la dejó tendida de largo a largo; pero la vieja volvió a levantarse a mayores y a decir que sí, y que sí señor, y que estaba más claro que la luz del día el haber sido la difunta una picarona de tomo y lomo con el primero que la decía por ahí te pudras. Ya estoy hasta el gollete, dijo el sacristán, y de aquí no me muevo, aunque me hagan trizas, sin sacarle la lengua a esta desnella carra, porque esto es una mala vergüenza, que ya pasa de castaño oscuro.

El gordo, que seguía calladito como un muerto, quiso tomar el pendiente; mas el alcalde le largó una andanada mandándole que aguantase la mecha aunque se viniese el cielo abajo, porque en él estaba el quid de la dificultad, y porque tuerto ó derecho, ó a secas y sin llover, había de pagar el pago de todo lo que ocurriese, hasta pasar nueve lunas después de Carnestolendas. Gilico metió el rabo entre piernas, y diciendo, para tu tía, que yo no quiero gato con certero, iba a tirarse por la ventana a la calle. Pero Maricuela, hecha un mar de lágrimas, se le colgó al cuello, jurando y perjurando que aquello era tomar el rábano por las hojas. ¡Voto al chapiro! dijo el alcalde, que esto no lleva camino de acabar de aquí a mañana, y se me va volviendo la masa vinagre. Déjenme hacer de las mias, dijo el sacristán, y zumbióle los perros. ¡Santa Bárbara! exclamó la maldita, ¡que el nno me toma y otro me deja, y no hay por donde agarrarme! Por fin habló el gordo, y dijo: ¡pobre de mí, que sin irme ni venirme, ni tomar cartas, voy a dejarme las pestañas sobre el tapete! Y dijo la chica: cese la broma, que bastante anduvo la marimorrena: hágase que me case luego, y pelitos a la mar. No hay tales Lopez, repuso Patillas; aquí son tres los honores que se han echado a los pies de los caballos. Pues sálvense esos honores ó arda Bayona, dijo el alcalde. Salta Gilico: no esperen que yo arrime el testuz a la coyunda, para darme gato por liebre, si antes no me hacen bueno que está la Maruja sin pellizcar, como la parió su madre. Lo primero es antes, dijo Patillas, y se ha de poner en claro el honor de mi difunta, porque de no, se armará la de Dios es Cristo. No hay que pararse en pelillos, dijo el alcalde, y vamos al alma del negocio: snelte la señora Calamanda la tarabilla, y diga sin retahilas lo que hace al caso, y el que caiga, caiga.

Pues no hay que andarme con ¡que aquí la puse, ni nadie trate de cortarme el revesino, porque si el asunto se ha de llevar a punta de lanza, dijo la vieja, todos saldremos con el pellejo al hombre, que aun queda el fabe por desollar. Aquí se detuvo, metió mano

al seno, sacó su caja, dióle los golpes citos de ordenanza, tomó su polvo, y sin limpiarse las narices prosiguió diciendo: Señores míos, la verdad por delante, que todos quedaremos pagados. En cuanto a lo que toca a la alcabala, así mi alma como la suya: no puedo negar que allá en sus mocedades no dejé de hacer diabluras, pero muy de tarde en tarde, de uvas a peras, por debajo de cuerda, sin que la tierra lo sintiese y con su sal y pimienta; mas luego que le echaron las bendiciones, cayó en un pozo y si te ví no me acuerdo, porque maneja su teclado de manera que no hay en el mundo chico ni grande que levante el dedo para decir de ella maldita la cosa.

El alcalde, que la escuchaba con el alma en un hilo, se dió una palmada en la frente que sonó como un plato. ¡Qué frente tan lisa! exclamó la vieja; bien la puede levantar muy alta aunque sea delante del obispo. En lo de la difunta digo que no fué mala sacristana antes de casarse con el sacristán, porque tenía su respingo y decía que sobre su zaranda nadie mandaba. Me parece que la veo con aquel reajo sin pizca de malicia; era más alegre que unas castañuelas, siempre llevaba galanes a rodapeo; pero ¡tate! que no llegasen a lo vedado, porque lo que tenía de buena tenía de soberbia y se ponía hecha un basilisco. Pues ¡por qué, le interrumpió Maricuela, ha dicho aquello de las alcabalas? ¿Por qué? respondió la vieja; porque como tú eres sietemesina andan las malas lenguas diciendo que si fué y que si vino, que si fueron fritas, que si fueron asadas; y póngale el que quiera puertas al campo, que yo no escudriño vidas ajenas; en fin, tu madre fué mujer de bien a carta cabal, y tú que le vas en zaga no le quitas pelo; más claro no canta un gallo.

Esa te vale, dijo el sacristán que tenía empuñada la llave de la iglesia para metérsela por la boca si se desmandaba. Pero Gilico, que no tenía las tragaderas tan anchas y que ya no se fiaba de la camisa que llevaba puesta, hizose el morlaco y dijo que no quería casarse a lo bóbilis bóbilis para no tener que llamarse a engaño despues de muerto Pascual. Entonces dijo la vieja que ella sacaba la cara por la chica, porque bien sabían los nacidos que Maricuela tenía malas pulgas, sin que nadie la hubiera cogido echándole guindas a la tarasca, y que lo creyese a puño cerrado, que cuando ella hablaba firmaba el rey. Pues con todo y con eso, replicó Gilico, allá se lo haya y con su pan se lo coma; porque no quería casarse a tente bonete y a salga lo que saliere y el sol por Antequera, ni cargar con el mochuelo. Mira, Gilico, díjole Patillas, que todo es al pie de la letra y lo demás es gollería.

Y viendo el alcalde que la muchacha reventaba de pena, que el asunto era de chichi-nabo y no valía una bicoca, quitóse el sombrero, y levantando la vara dijo: Tengan todos entendido por este mi sepan-cuantos, que el honor de Maricuela está en su punto, y que miente mil veces de la cruz a la fecha el que una vez sola lo contrario diga. ¡Lo ves, alma de chopo? dijo Maricuela. Esa no pasa, respondió el mozo con mucha sorna; y no hay que darme matraca, que quiero hacer la del humo. Entonces haciendo piernas el gordo dijo: Todo lo suple un buen dote; doscientos ducados tiene la chica, que yo se los cedo para alfileres el día de su boda. Saque la bolsa y largue la mosca y aquí está mi mano, dijo Gilico. Aleluya, aleluya, dijo el sacristán. Déñse las manos, dijo el alcalde, y sea hoy lo que ha de ser mañana, porque el asunto no tiene espera. Los novios se dieron las manos y algunas otras frioleras en señal de matrimonio; y todos se fueron juntos en amor y compañía en busca del cura para que echase la bendición; menos la vieja que se quedó diciendo:

¡Oh poderoso Dinero que allanas los montes y vences los imposibles, y haces al ruin caballero, al necio sabio, al malo bueno, al bueno mejor, hermoso al feo y gracioso al desgraciado! ¡A cuántos Gilicos habrás forzado a bajar la cabeza, besar la correa, llevar la albarda y comulgar con ruedas de molino! Tan posma eres en venir como ligero en volar; pero no te valdrán tretas si te echo la mano encima con los cinco y agarra y vente conmigo; que como tú no me faltes, yo daré al diablo mis artimañas y mis sobresaltos.

Hagamos punto: con lo dicho basta y sobra; todo tiene fin, hasta los bigos del confín. Otro siga la charla, que no le faltará ripio a mano en el romance vulgar de Castilla.

MARIANO SORIANO FUERTES, Entre los Arcades de Roma HERACLITO BODOPEO.

HIJOS DE MADRID

APUNTES BIOGRAFICOS

AGUSTIN DE ROJAS VILLANDRANO

Es el verdadero tipo del aventurero. Nació en 1877, en el Pósito de San Martín, y su vida fué una continuada serie de peripecias y contratiempos. A

La obra de dieciséis años, se alistó en los famosos tercios castellanos; y estuvo largo tiempo recorriendo la Europa y dando grandes pruebas de acrisolado valor en las muchas batallas en que tomó parte. Dice él mismo describiendo su vida: *yo fui cuatro años estudiante, fui paje, fui soldado, fui picaro, estuve cautivado, tiré la jabalga, anduve al remo, fui mercader, fui caballero, fui escribiente y vine á ser representante*, y en efecto, cuando escribía este párrafo transcrito, andaba al frente de una compañía de comediantes, dando representaciones por Castilla, Galicia y Andalucía. Lo más notable es que acabó sus días, siendo notario público en Zamora. Quiero dejar á la consideración de los lectores, la sagacidad de este notario que entró en la profesión, después de haber sido soldado, mercader, cómico y picaro. De sus obras la más conocida es el *Viaje entretenido* publicada en Madrid el año 1683. Sábese que escribía muchas comedias, loas y entremeses cuando andaba entre bastidores, pero de estas producciones no creemos que se conserve ninguna. Hombre descaudado, no dió más valor á las obras de su ingenio que á sus rasgos de valor en la guerra, ó á los documentos que extendió como notario. Apreciaba en poco su mérito y no se preocupó en dejar un recuerdo de su paso por esta vida.

D. ALEJANDRO GONZALEZ VELAZQUEZ

Nacido en Madrid, el año 1720, fué un notable pintor y arquitecto. Sus contemporáneos le alababan y dicese de él que tan buena mano tenía para adornar un teatro como para pintar un techo del Palacio Real ó construir un retablo. En el palacio de la Granja ha dejado muchos frescos debidos á su pincel, y segun asegura Alvarez Baeza, los planos del palacio de Aranjuez son de este hijo ilustre de Madrid, aunque aparecen firmados por Bonaiza. En el regio alcazar de Madrid, pintó el dormitorio de doña Isabel Farnesio y una de las habitaciones que utilizaba Carlos IV; además, todas las decoraciones de las óperas que se cantaron en el teatro del Buen Retiro, durante una larga temporada, y dirigió la obra de muchos altares de Madrid. Fué catedrático de arquitectura, de pintura y de perspectiva de la Real Academia de San Fernando.

ALONSO FERNANDEZ DE MADRID

Cuando este erudito escritor y honrado patricio tomó la vara de Alcalde de la Hermandad, á fines del siglo XV, reinando en Castilla los reyes doña Isabel y D. Fernando, parece ser que los lugares y caminos de esta comarca hallábanse poblados de temerarios malhechores, que tenían consternados á los habitantes de los contornos de la villa. La relación de robos y muertes formaban el obligado de las tertulias que allá en las noches de invierno se formaban al amor de la lumbre y preocupados los vecinos con las tristes nuevas que de boca en boca corrían; ni el labrador salía al campo, ni el arriero se aventuraba á ponerse en camino ni el ricacho se atrevía á recorrer sus tierras para ver el estado de sus frutos: tal era el temor que se había apoderado de todos en vista de la impunidad en que quedaban los delictos y de la pasiva indiferencia de los encargados de administrar justicia.

Alonso Fernandez comprendió la necesidad de sentar la mano á los transgresores del derecho y desde el momento en que se encargó de la vara de Alcalde de la Hermandad inició una activa campaña contra los ladrones y asesinos cargando sobre ellos el rigor de la ley de manera que en poco tiempo, merced á ejemplares castigos, se vieron los términos de su jurisdicción libres del miedo que anteriormente les aquejaba. Ya el labrador salía tranquilo al campo con sus yuntas, ya el arriero aparejaba sus machos para llevar de uno á otro pueblo las mercancías que en los días de feria se vendían en la plaza y todos de consuno alababan al enérgico proceder de Alonso Fernandez que como llovido del cielo había venido á ser Alcalde de Hermandad.

¡Llor eterno al ilustre madrileño que tan señalado servicio prestó á sus conciudadanos!

Más no fué esto solo: escribió una obra titulada *Observaciones á las pragmáticas y notas al Derecho*, y como militar se distinguió bizarramente en la defensa de la fortaleza de Villaverde, contra los partidarios del rey de Portugal, por lo que sus contemporáneos decían que en Alonso Fernandez se había realizado el proverbio de que *las letras no embotan la lanza*.

HILARIO PENASCO DE LA PUENTE.

LA CANCIÓN DEL VINAGRE

Así dicen los átomos del odre en lo más hondo:
—Yo herví volteando en el oscuro fondo donde á la espuma envuelve fantástico capuz; miseramente ardiente de la vendimia amena canta con himno leve la rumorosa escena que el sol calligeros incendia con su luz.

Otra burbuja dice:—En la uva deliciosa que chupa y saborea la abeja laboriosa

babi la esencia pura del rico moscatel; caigo en el plato toco con agua de la jarra, y flojo en el gorpacho bajo la verde parra que como pálio abierto me sirve de dosel.

Otro átomos susurra:—Yo canto los amores que nacen bajo el toldo de pámpanos y flores entre labriegos rudos que se aman con pasión;

y escucho á la cigarra de cuya lira rota hiende la siesta de oro la soñolienta nota que en líbricos anhelos enciende el corazón.

—Mi voz canta á las playas—otra burbuja cuando en la mar inmóvil pliega su enjuta (lona la nave con sus palos trazando inmensa cruz; y miro los barqueros que tiran de la tralla prendiendo blancos peces en la salobre malla que enseñan las espumas al cándido trasluz.

—Yo sueño con el corro de fiesta bulliciosa cuando el candil derrama su claridad dudosa y canta una serrana de cuello de marfil, y cuando en el fandango que tienen las mozas (zuelas resuenan las etruscas alegres castañuelas al son del punteado arábigo y gentil,

—Yo de la higuera ardiente dormí en el (re lo tronco.

—Yo en la flotante parra.—Yo en el ceporro (branco.

—Yo en el racimo claro de perlas y coral. Y todas las burbujas con furia volteando, allá en el odre oscuro agitanse cantando de la vendimia el himno magnífico y triunfal.

En tanto que las pasas feñestán los paños (seros, baja cual chorro de oro el trigo á los graneros, (neros, adorna la tijera el lecho con ardid; y en el lagar de piedra donde se estruja el (mosto, bailan los hombres rudos el baile del agosto ceñidos con las pámpanas de la frondosa vid.

COLLAR

Como granos de rubies de encendidas y de hermosas, entre las uvas sabrosas son las uvas marbellias.

No á su entonación trigüeña curula del grano vistoso lleno de jugo sabroso que en la uva vendimia.

Más refinadas y ufanas, en ellas juntos se ven el jugo perojimen y el de las cepas tempranas.

No se si de bello ma viene el nombre peregrino tomado del mar divino me va Marbella á besar;

pero sé que los rubies son entre piedras hermosos como entre frutos sabrosos son las uvas marbellias.

A las nobles moscateles vencen en claros cristales: el tamaño á las parrales, y en color á las cabrieles.

Es mi fruto favorito, y mejor el labio moja que la uva dulce de Loja y el corazón de cabrito.

Ninguno ofrece los bienes que el entre finos manjares son las uvas mollaras.

Lo digo; son los rubies entre las piedras hermosos, como entre frutos sabrosos son las uvas marbellias.

EL RUIDO DE LOS ELÉCTROS

Sedió en los lagares descanso á los cuerpos. se ceharon los toldos de tablas y lienzo, apagose, místico, el sol en los cerros y alzan en el campo su ruido los eléctros.

Ya del muerto día no brilla un reflejo, sueñan las esquilas con son soñoliento, se van difumando peñascos, senderos, cascadas y ríos, laderas y huertos.

Tras de los vallados medrosos y negros zarzalea el buho y exhala su acento, el sijo remueve su viscoso cuerpo y taperetean los leves insectos.

Todo toma visos de imposible sueño, las cosas varían de forma y de aspecto, la sombra es más densa, y todo está lleno de rumor vibrante de confusos eléctros.

Sobre la veleta de oxidado hierro un duende parece que agita su cuerpo, ronda el campanario con torcido sesgo deforme aguilucho de plumaje negro.

En las rotas tapias del casuco austero, los seres que dicen agitanse dentro las grietas ocupan espantos fingiendo y hacen gestos mudos y carnalescos.

Las hondas cañadas se pueblan de espectro, que van la hojarasca ruidosa moviendo, y en el aire flotan y nadan revueltos los medrosos ruidos de los broncos eléctros

Las cosas del día que encerró el ceterro aleja y disloca confuso el recuerdo de lejana fecha parecen remedo, algo de otra vida, algo de otro tiempo.

A esa hora levantan las fuentes sus rezos y es la en que se queja más triste el enfermo, midiendo abrazado con ansia á su cuerpo, de la oscura noche lo largo y lo eterno.

Las voces que exhalan los errantes perros de lo lejos vienen cual débiles eoc

y aturde el oído el vago concierto y el vibrar constante de los vagos eléctros.

Allá en las estancias del palacio viejo cruje el maderamen de los altos techos y en la vidriera sin luz ni reflejos pica atolondrado el pájaro ciego.

La noche diabólica sus raros misterios pasa en desfile macabro y negro, y la extraña danza de cosas y sueños prosigue al confuso rumor de los eléctros.

SALVADOR RUEDA.

DESDE EL BOULEVARD

Como el telégrafo ha anunciado ya á esos lectores, el acontecimiento literario del estreno de *Thermidor* se ha transformado, por obra y gracia de los radicales avanzados en acontecimiento político. La obra acaba de suspenderse por consideraciones de orden público.

Sardou, que es generalmente muy maltratado y poco querido de las gentes de letras—lo cual pudiera acaso, ser una prueba ó consagración más de su gran talento—pasa por un reaccionario entre los radicales más ó menos intrasigentes.

Quizás si otro autor más simpático á los unos y á los otros hubiera hecho una obra en que Robespierre sea tan maltratado como en *Thermidor*, el teatro francés—suponiendo á dicha obra un éxito puramente literario tan grande como el que la de Sardou ha obtenido—hubiera podido dar tranquilamente cien noches. La prensa hubiera discurrido la manera de interpretar la historia—derecho indiscutible de todo autor dramático—pero ni hubiera habido manifestaciones y contra-manifestaciones políticas y ruidosas en la sala del teatro más culto de Francia, ni silbidos en la calle, ni interpelaciones en la Cámara.

Espectadores imparciales de la política, en un país que no es el nuestro, guardámonos muy bien de tomar partido por uno ó otro bando, entre los que al juzgar hoy *políticamente* el drama de Sardou pretenden que cien años después se debe glorificar la guillotina y la figura de Robespierre ó las que, en el otro extremo, abominan la obra entera de la Revolución francesa.

Excusado es decir que entre ambas opiniones extremas hay otras intermedias, siendo acaso estas últimas las que más empeñadamente discutan entre si mañana en la Cámara sobre si la suspensión de las representaciones de *Thermidor* ha de convertirse en prohibición absoluta ó levantarse en el acto, asegurando al gobierno el mantenimiento del orden en las representaciones sucesivas.

Solo nos permitiremos emitir una opinión *literaria* á propósito de la cuestión hoy en litigio, y esto con el carácter de universalidad.

Opuestos como el que más á que la escena sea palenque de discusiones de política palpitante, pues creemos reservado ese empleo á la prensa y la tribuna, consideramos que es innegable el derecho del autor dramático á utilizar la historia y presentar en sus obras aquellos hechos de la misma que más á propósito juzgue para servir de fondo á la acción dramática, haciendo intervenir en esta á aquellos personajes históricos que le sean necesarios, y trazando su carácter tal y como al espíritu del autor dramático se presenten.

Cuando han pasado cien años después de un hecho histórico, sean las que faeren sus consecuencias, bien puede afirmarse que un drama, cuya acción se desarrolla en un momento de aquel período político, es un drama histórico; y el derecho y la libertad de un autor para escribirlo y hacerlo representar es indiscutible, prestándose solo, razonablemente á la placida discusión de la crítica y al aplauso ó desaprobación, en el tono acostumbrado, por parte del público.

Insultar á un actor en escena por que cumpliendo con su deber representa un personaje más ó menos histórico y menos ó más simpático parecemos atentatorio al sentido comun. Si se admitiera la teoría de que un actor debe profesar las opiniones políticas, históricas ó morales de los personajes que en cada obra le caben en suerte ó que debe negarse á interpretar aquellos que esten en discordancia con sus opiniones caeríamos en uno de dos extremos igualmente perniciosos al buen sentido y al arte dramático en general; ó á cada actor que representa un traidor ó un asesino y á cada actriz que se ve obligada á hacer una ramera habría que considerarle merecedores de la horea, del desprecio público y de la inscripción en los registros de la prostitución ó habría que renunciar á la representación de comedias en cuanto los actores no estuvieran conformes con carácter histórico-político moral de los personajes cuyos papeles les ha repartido el autor

Ahora bosquejemos rápidamente el aspecto político que representa la cuestión de *Thermidor*.

Ya esos lectores conocen una pobre

reseña de lo que es el drama, escrito con la precipitación natural al salir del teatro francés la noche del estreno.

Ni un solo personaje de la Revolución sale á escena.

Labussiere (Coquelin) y Marcial Ugon (Marais) en largas tiradas trazan un cuadro completo y sombrío del Terror, y de lo que es el poder en manos de Robespierre y del Comité de Salvación pública, al mismo tiempo que ensalzan las glorias del ejército que combate en la frontera y la fiesta de la Federación y las conquistas democráticas del 89.

Para poder dar á esos lectores una idea aproximada de lo que, considerado *políticamente*, es el drama de Sardou, solo se me ocurre un término de comparación, desde dicho punto de vista, con una zarzuela popularísima española. Comparado, así, *Thermidor* con *La Marsellesa*, resulta el drama de Sardou republicano avanzadísimo y la zarzuela de Ramos Carrion reaccionaria.

El público de la primera representación, á el cual asistían personalidades políticas avanzadas y varios ministros, se contento con hacer un éxito literario á Sardou, sin la más leve protesta política en los pasajes de la obra que en la segunda representación provocaron los silbidos, las protestas y las intemperancias del director del periódico radical *La Bataille*, Mr. Lisagaray, que arrojaba cuartos sueltos á Coquelin llamándole «bufon de Gambetta.»

Los dos ó tres siseos y el grito «al Ambigu» que resonó al final del drama la noche del estreno, es indudable que iban dirigidos al dramaturgo y no al político, y expresaban el disgusto por que el último acto no correspondía, como obra dramática á los anteriores.

Pero al día siguiente, la prensa avanzada radical empezó á censurar duramente que en un teatro subvencionado por la república se sacasen á relucir los puntos negros ó demasiado rojos de la revolución que la censura hubiera dejado pasar la obra y que un director republicano como Mr. Claretie y un comité de lectura cuya mayoría, por lo menos se llama republicana, hubiesen admitido *Thermidor*, obra en que se censura duramente á Robespierre y á sus afines en el famoso comité de Salvación pública y se ensalza la jornada del *Thermidor*.

Así se empezó la polémica, pronto envenenada.

Los periódicos republicanos templados,—y algunos de ellos, no muchos—sostenían y sostienen la opinión contraria. Juzgan la obra como sinceramente republicana y no admiten que ni cien años después ni cien años antes pueda glorificarse la guillotina.

No falta quien afirma con bastante lógica, que si fuera admisible elevar una estatua á Robespierre, sería natural el mismo día cortar la cabeza á las estatuas elevadas á Camilo Desmoulins y Danton.

Excitadas en cierto modo las pasiones produjéronse á la segunda representación las manifestaciones hostiles que el telégrafo ha adelantado á esos lectores.

La versión oficial es que en el consejo de ministros celebrado ayer—al cual por estar enfermo no asistía el ministro del Interior—se acordó no se tome medida ninguna esperando el resultado de la interpelación que el diputado radical Pichon tenía anunciada.

Media hora después, el prefecto de policía conferenciaba con el ministro del Interior en su casa y le hacia conocer las nuevas manifestaciones hostiles que se esperaban y el ministro acordaba con el prefecto la suspensión hasta nueva orden de las representaciones de *Thermidor* como medida de orden público.

Tal es la versión oficial que debemos aceptar como buena y verdadera.

La suspensión producía la renuncia de los radicales á interpelar sobre la autorización concedida para representar *Thermidor*, pero daba nacimiento á una nueva interpelación—que se plantará mañana en la Cámara—de MM. Joseph Reinach y Henry Fouquier, sinceros republicanos ambos, director el primero del periódico oportunista *la République Française*, sobre los medios que piensa adoptar el gobierno para asegurar el orden público y la libertad del arte dramático.

El público de los martes—el día de moda del teatro francés,—manifestó ruidosamente por su parte pidiendo á los *sociétaires* de la Comedia ó *Thermidor* ó nada y negándose á oír el *Tartuffe*, de Moliere, que tuvo sus dificultades en tiempo de Luis XIV y que diríase que con fina ironía ponía la Comedia en sustitución de la obra suspendida.

Las polémicas y las pasiones se excitan cada vez más; se espera ansiosamente la sesión de mañana; llueven *interviews* y en pura plata, la situación es esta.

La censura que, como es natural, depende del gobierno, autorizó la representación, lo cual prueba que no la encontró peligrosa.

La oposición radical pide la prohibición.

El prefecto de policía en persona dirigió el servicio de orden en el inte-

rior del teatro durante la segunda representación.

El consejo de ministros no tomó después de las manifestaciones hostiles medida ninguna contra las sucesivas representaciones.

El ministro del Interior, como medida de policía, parece que asumirá la responsabilidad de la orden de suspensión.

Varios diputados republicanos de la mayoría van á interpelar mañana al gobierno en contra de esa suspensión.

Segun se sabe, así como hay elementos templados de la mayoría que tomaron partido por la prohibición, los hay más avanzados que sostienen la libre discusión de la historia de la Revolución francesa y del Terror.

La teoría más general de los contrarios á las representaciones de *Thermidor* es que no puede tolerarse en un teatro subvencionado.

Creemos, visto de cerca el estado de los ánimos, que en un teatro libre los escándalos hubieran sido mucho más ruidosos.

Pero por este cuadro rápidamente bosquejado se verá que el resultado de la sesión de mañana—donde hay que esperar que situación tan enredada se aclare—es una verdadera incógnita.

Los favorables *enragés* á la representación de *Thermidor* se proponen seguir pidiéndolo á gritos.

Si de la sesión de mañana saliese *Thermidor* triunfante, los manifestantes de anteanoche seguramente volverían á la carga con más furia.

Así no es de extrañar que haya habido quien llegue á correr rumores de crisis y que hasta la Bolsa se haya resentido.

Creemos que estos últimos exajeran. Pero realmente el acontecimiento literario del invierno se ha convertido en el gran acontecimiento político de la temporada

¡Qui viva verba!

RICARDO BLASCO

Paris, 26 enero 1891.

CARTA SEMANAL DE LONDRES

Dice Tamayo en su Virginia:

«El despertar de un pueblo es mas terrible á medida que el sueño fué mas largo.»

Una cosa semejante podemos decir del cambio de temperatura, que de un frio intenso se ha trocado en húmedo, por el deshielo. Esto está produciendo en Inglaterra, desastres como no habian tenido lugar hace dos siglos en este país.

El martes último, por ejemplo, llovió en Taverham á mares. Unido al temporal de aguas, el haber caído una gran nevada, que cubrió todos los sitios por donde corría el agua, esta produjo inundaciones de increíble violencia y profundidad. Caballos y bueyes, perecieron ahogados.

En Ospring, pequeña aldea próxima á Taverham, tuvieron lugar escenas desoladoras, por efecto de la inundación.

Atraviesa la aldea un riachuelo, que va á desahogar en el valle de Throwley. El día del deshielo, más que un arroyo, parecía un torrente asolador. A eso de las doce de la noche, de pronto, la inundación tomó tales proporciones que cubrió el agua las orillas del arroyo y casi instantáneamente, inundó la parte baja de las casas. Debido á la violencia del huracan y al rugir del viento, muchos de los vecinos no se dieron cuenta de que el agua habia invadido la casa, hasta que se hallaron con que estaba anegada.

Lenta, pero sucesivamente, pie tras pie, el agua fué subiendo hasta la altura de seis pies, en muchas casas y jardines. Hombres á medio vestir, vaciando el agua, que les llegaba ya á los sobacos, trasladaban mujeres y niños, para ponerlos en salvo.

Una infeliz mujer no pudo ser socorrida por sus vecinos, hasta que el agua habia penetrado ya en su alcoba donde estaba tan profundamente dormida, que cuando la despertaron el agua llegaba á los colchones de la cama.

Cuando los infelices vecinos lograron poner á salvo sus mujeres é hijos, trataron de hacer otro tanto con los animales, cerdos, gallinas, etc., subiéndolos á los cuartos altos de sus viviendas; pero muchos perecieron antes de que pudieran sus dueños socorrerlos.

Para mayor desgracia, el frio era tan intenso que empezó á helarse el agua en los sitios en que estaban guardados huyendo de la inundación corrían peligro de morir helados.

Por de contado, como no les dió tiempo para realizarlo, no salvaron ni muebles ni ropas, que unos y otras han sido destruidos.

Por la mañana, el agua seguía todavía inundando los campos. Las bombas del ferrocarril se han empleado para desaguar las casas y los vecinos han tenido que ir á guarecerse á la iglesia.

En Folkstone un desprendimiento de tierra, ha enterrado una casita de unos infelices, que la habitaban y de los cuales tres han perecido entre los escombros. El declive era de 155 pies

y tan escarpado que era casi perpendicular.

La montaña estaba cubierta por varios pies de nieve, y el deshielo fué el origen del fracaso. La tierra al caer arrancó de cuajo los cimientos de la casa. Un niño de ocho años, un héroe salvó á sus dos hermanos, menores, que él. Sus padres y el niño menor, perecieron y no logró encontrarse los cadáveres hasta después de haber removido bastantes toneladas de tierra. Entre los escombros se encontró también un cordero muerto y destrozado. La cantidad de agua producida por el deshielo ha sido tanta, que ha dejado un rastro de más de media milla y continúa aun sin haberse embebido por la tierra.

El corresponsal de un periódico, fué anoche á ver á los hijos del desgraciado padre del héroe William Walter. Los dos estaban acostados hablando muy contentos. Le dijeron que no se despertaron siquiera al derrumbarse la casa. Los dos niños pequeños tienen el cuerpo lleno de cardenales; pero no tienen ningún miembro fracturado, y parecen gozar de perfecta salud. Walter escapó milagrosamente, sin más que un ligero rasguño en la frente.

Durante todo el día no han cesado de llegar curiosos que deseaban ver por sus propios ojos el sitio de la catástrofe.

Nuestro eminente artista Sarasate sigue su escursión artística por Alemania, acompañado de la pianista señora Marx y de Otto Goldschmidt. Cada noche de concierto es una ovación extraordinaria.

A pesar de los grandes frios, ha visto constantemente llenas las salas de Francfort, Strasburgo, Karlsruhe, Stuttgart, Munich, Moremberg y Praga que son los puntos que lleva recorridos hasta hoy.

En Munich, S. A. la infanta doña Paz, dispuso á nuestro compatriota y la señorita Marx y el Sr. Goldschmidt la honra de invitarlos á comer.

La infanta hizo la invitación por teléfono, y preguntó á Goldschmidt si sería indiscreto pedir que Sarasate llevase el violín, á lo que se apresuró á contestar el gran artista, que con el mayor gusto accedería al de S. A., como así lo hizo pasando todos una velada musical agradabilísima.

La infanta doña Paz, sigue rindiendo culto al arte, y es, como todos saben, distinguidísima poetisa.

Amenizó la velada con el encanto de su conversación y angelical bondad.

Al día siguiente SS. AA. asistieron al concierto de Sarasate y el archiduque D. Luis Fernando, regaló al eminente artista la petaca de oro que usaba: á la señora Marx, un magnífico ramillete con un alfiler de brillantes y S. A. la infanta doña Paz otro precioso á Goldschmidt.

Al día siguiente fueron á dar un concierto á Praga y el día 17 siguieron á Chemnitz, Leipzig, Magdeburgo, Cassel, Hannover, Hamburgo y Berlin.

Ya tendremos al corriente á nuestros lectores de la escursión, que esperamos sea tan brillante y fructuosa, para nuestro eminente compatriota como lo ha sido la de Inglaterra en el último otoño.

La semana última pasamos un buen rato asistiendo á una demanda de daños y perjuicios por falta de cumplimiento de una palabra empeñada de matrimonio ó sea de *Breach of promise* que dicea aquí.

El abogado de la demandante se levantó y dijo:

«Señor juez: Cuando mi cliente conoció al sujeto, contra el que se le ha visto obligada á entablar la demanda, había ya cumplido diecinueve años. El demandado tenía más de treinta y cuatro y era viudo con cuatro hijos. Según me ha asegurado mi defendida, él, la manifestó que era socio de un corredor de lanas.

La época del conocimiento data del día de Navidad del año 1888.

Sabido es que en esa época, la costumbre autoriza en Inglaterra que cada vez que una joven se encuentra colocada bajo el *Mistletoe* (1), se someta á recibir un beso del joven que se le acerca en aquel momento; pero mi demandada cuando ya había pasado los Christmas, insistió, en que le permitiera besarla mi cliente, proposición que mi defendida, más buena que el pan, aceptó con júbilo.

Poco tiempo después, salieron á pasar juntos... Y en febrero de 1889 el viudo, preguntó á la demandante si quería ir con él al teatro y naturalmente, ella aceptó y fué. Andando el tiempo un día, no puedo precisar la fecha, el viudo y la demandante se encontraban juntos en casa de los padres de ésta, éstos, la hermana y hasta un tío de la reclamante, y allí, con toda la solemnidad que el caso requiere, mi demandado pidió á los papás de la joven, su mano y sus padres se la concedieron.

Llegó el mes de julio, y por desgracia mi cliente estuvo enferma, no de gravedad; pero si lo suficiente, para que el médico le aconsejase des semanas de reposo en un puerto de mar.

Desgraciadamente los padres carecían de posibles; pero el novio, que lo era ya oficialmente á los ojos de la familia, adelantó, en especie, unas diez libras y luego pagó los gastos de estancia en Cromer donde fueron á parar, quince días juntos, mi cliente y su hermana.

No he de molestar la atención del jurado leyendo todo el contenido de una de las cartas escritas por el novio, y en la cual, consta su compromiso. La carta empieza así: «Queridas Ana y Ada» y concluye. «Conque adios queridísimas mías, con amor y besos para las dos soy sinceramente vuestro.» Federico.

Su señoría al llegar á este punto el abogado, le llamó la atención diciéndole no es tan explícito como parece, pues concluye diciendo: «Ambas á dos mis queridísimas novias Ana y Ada al final encontrareis una docena de besos para cada una de las dos.» (Risas.) «Dice el señor abogado que esto prueba que estaba comprometido; pero como se dirige á las dos yo desearía saber cuál de las dos era la del compromiso.» (Nuevas risas.)

El abogado del demandado.—Sin duda mi cliente quería decir que hubiera sido tan feliz con una como con otra de cualquiera de las dos.» (Nuevas risas.)

El abogado de la demandante prosiguiendo: «Desde que volvieron de Cromer, el demandado, empezó á ir más de tarde en tarde á casa de su novia, hasta que ya por último, dejó de ir por completo.

«Averiguada la causa se supo que era por haberse casado con otra.»

La demandante, declarando: «Todo lo dicho por mi abogado se lo he dicho yo y es verdad.»

El demandado declarando á su vez: «Señores jurados, niego la verdad de lo aseverado por el señor abogado contrario. Se han leído mis cartas; pero no las que mi persiguiera me escribía. Aquí tengo una en que me decía lo que voy á leer. «Ada te envía su amor y yo el mío con muchos besos de ambas.» En otra concluía diciendo: «Vuestra *temeraria* (daring) queriendo decir *amantísima* (darling).»

Fuó á Cromer, y pasé allí el sábado anterior al en que regresamos. Yo no fuí á pasearme con la hermana de la demandada, pues aunque ella salió y fué á pasearse en coche, fué sola.

En presencia de cuantos estaban en el comedor, me armó una disputa de mal género, y yo por evitar un escándalo, al decir ella que no quería sentarse á la mesa donde yo me sentase, me retiré á otra mesa inmediata.

En otra ocasión la encontré y se echó á llorar, le pregunté lo que le pasaba y me contestó: «Mi madre acaba de darnos dos botifaditas!»

El abogado defensor interrumpiéndole:»

También dije en esta ocasión, que había tratado de envenenar á su madre dándole una disolución de fosforo. La demandante interrumpiéndole: «¡Valgame Dios! No soy tan mala que sea capaz de atentar contra la vida de mi mamá. En cuanto á lo dicho acerca de mi hermana yo no tenía celos de ella.»

Para esclarecer lo que hubiera de verdad en la cosa, su señoría hizo comparecer uno después de otro al padre y á la madre.

—¿Recuerdan ustedes, la preguntó, lo que ha dicho su hija acerca del hecho de haberles pedido su mano?

—No señor. (Risas.)

—¿Y acerca de todos los demás hechos?

—¡Jampos. (Risas prolongadas.)

El acusado continuando.—Para concluir, señor juez, yo no he dicho nunca que fuera socio de nadie.

Soy encargado de una cervecería, y dependiente de un corredor de lanas. Yo no di, en mi vida, palabra de casamiento á la demandante.

Yo traté siempre á las dos hermanas lo mismo, repartiendo imparcialmente entre ambas mi cariño y mis besos. Esa es la verdad.

El jurado, teniendo en consideración sin duda que había que pagar sus honorarios al abogado de la demandante, concedió á ésta veinticinco libras de daños y perjuicios.

—¿Que suerte tienen otras!—salía diciendo la indemnizada. A Miss Knowles, le conceden diez mil libras y á mi veinticinco.

—No te quejes, mujer, le dijo la hermana, porque en realidad, de esas veinticinco la mitad en justicia debían ser para mí.

—Tienes razón, y lo mejor que podemos hacer es con lo que nos queda, después de pagar al abogado, irnos á pasar un sábado á Cromer...

Yo, al oír aquel diálogo, me acordé de los famosos versos de Panchito y Mendrugó.

—¡Mi honor valía más de cien ducados!

—¡Ya te contentarás con dos pesetas.

El viernes pasado, en celebridad de los días de S. M. el Rey D. Alfonso XII dió un banquete santoso, en

la embajada de España, nuestro querido embajador el señor marqués de Casa-Laiglesia.

Acompañaronle á la mesa el señor marqués de Santurce, el conde de Terrediz, Sres. Gayangos, Fernandez de Coria, Lema, Goitia, Janralde, Pastor y Berdeya, Sorela, Montejo, Marconell, Arbós, Albeniz, los secretarios Sres. Rica y Reinoso, agregado diplomático Sr. Pastor y señor coronel Borbon, agregado militar.

Llegado el momento de los brindis, el señor marqués de Casa-Laiglesia, pronunció uno tan oportuno, como lacónico, por cuya razón nos ha sido posible retenerle íntegro en la memoria y vamos á transcribirlo.

Hé aquí sus palabras textuales: «Señores y compatriotas:

«Pocas palabras, porque si la ocasión no es más que para un solo y único brindis, éste será tanto más expresivo, cuanto sea más breve.

—Al Rey.

—A su salud.

—A su mayor edad.

—A su feliz reinado.

«Celebremos, señores, este aniversario con los sentimientos de lealtad que le debemos, sin olvidar los del profundo respeto y grandísima gratitud que debemos los españoles de nuestros tiempos á la augusta señora, que tan admirablemente, con el aplauso universal de propios y extraños, desempeña sus deberes de madre y los que le impone la árdua tarea de la Gobernación del Estado.

«Esta memoria de la Reina Regente se nos impone en el día de hoy, con tanto mayor motivo, cuanto que todos hemos leído en los periódicos del día la noticia de su indisposición. Esperemos, confiadamente, que esta será leve y pasajera y manifestemos con nuestros votos por el inmediato restablecimiento de su majestad, la respetuosa simpatía que nos inspira.

«Señores, al Rey.»

Terminada la comida y reunidos en el salón los comensales, fueron agradablemente sorprendidos con un concierto improvisado, pues los señores Arbós y Albeniz tocaron varias piezas de las que en el Concierto del día 27 piensan someter al público en el Salón de Saint-James. Los artistas fueron, como era natural, aplaudidos calurosamente por sus compatriotas.

En el ánimo de cuantos tuvieron la dicha de asistir á la reunión, quedará vivo y grato recuerdo de la agradable fiesta digna por todos conceptos del objeto que la motivaba.

En mi correspondencia última, di cuenta de la cremación del cadáver del Duque de Bedford, cuya muerte acababa de tener lugar; pero lo que no pude imaginar ni por asomo, es la polvareda que iba á producir el hecho de haberse ocultado á la prensa que antes de la cremación se había procedido á hacer la autopsia del cadáver.

Dos cosas llamaron la atención del público: la primera que la cremación tuviera lugar cuarenta y ocho horas después de la muerte, cuando es sabido que en Inglaterra por efecto del clima puede resistir ocho días un cadáver sin descomponerse, por lo cual se conservan en la casa los cadáveres lo menos cinco ó seis días.

La segunda fué, que si bien asistió una persona de la familia al acto de la cremación, el hijo segundo del duque, no se habló de que hubiera habido ceremonia religiosa de ninguna especie.

Empezó un periódico á hacer estas observaciones, y de una en otra averiguación llegó á sospecharse que la muerte del duque no había sido natural sino violenta.

La ley exige que en los casos que no haya certificación de facultativo diciendo que la muerte ha sido por efecto de enfermedad, se proceda á la autopsia y eso fué lo que se hizo en el actual.

Se trató de negar el hecho, pues quería ocultarse el suicidio, y el periódico publicó al día siguiente la certificación oficial siguiente:

Número 35.—¿Cuándo y donde murió?

El día 14 de enero de 1891. En el número 81 Eaton Square.

¿Nombre y apellido?—Francisco Carlos Hastings.

¿Sexo?—Masculino.

¿Edad?—Setenta y dos años.

¿Profesión?—Duque de Bedford.

¿Causa de la muerte?—Una bala que le atravesó el corazón: suicidado en un momento de enajenación mental durante la pneumonía.

Calculen mis lectores la polvareda que habrá hecho la publicación del documento oficial.

En realidad todo se hizo con arreglo á la ley, sino que en la lista de las autopsias, no se puso al duque, como tal, sino únicamente como Francisco Carlos Hastings.

Y como en las disputas, sucede como con las cerezas, ahora ha venido á saberse otro caso de suicidio de un Lord, Lord Lhynne, que se dijo había muerto de resultas de una caída de un caballo, y según aparece ahora, se suicidó también. Cuando se verificó la autopsia, se puso en la lista de las verificadas aquel día, no el nombre del Lord, sino el nombre que usaba cuando vivía de incógnito en

unos cuartos que tenía alquilados en el Wat-End.

Me temo que la dicha cuestión va á dar que hacer y de todos modos es incomprensible el empeño de ocultar el hecho, á menos que no quiera evitarse á todo trance, que el público sepa que magnates á quienes se supone felices y desocos de gozar de todas las comodidades que una gran fortuna proporciona, se ven aquejados de disgustos tan graves, que les impulsan al suicidio, recurso que se creía, hasta hoy, patrimonio exclusivo de los desheredados de la fortuna.

E. DE OYA.

Londres, 20 de enero de 1891.

MOSÁICO MADRILEÑO

Asuntos electorales.—La Asociación de Escritores y Artistas.—Precocidad peligrosa.

Prueba daría de ingratitude notoria si no comenzara hoy estos párrafos manifestando mi agradecimiento á los candidatos á la diputación á Cortes por Madrid, que se han servido proveerme de cartillas para bastantes días: pasan de docientos las que sin desembolso alguno por mi parte han entrado en casa y esto me supone una economía positiva y de la cual soy deudor al régimen parlamentario y al procedimiento del sufragio. Dicho sea en descargo de alguna exajeración con que haya podido hablar en anteriores revistas de estos asuntos electorales que nos traen de cabeza en los días que corren.

Justo es también decir que los pesimismo no han tenido completa confirmación, pues como de muchos días á hoy se veía en los periódicos el fatídico anuncio de: *Para las elecciones...*

¡Pum!—hubo quien de buena fé creyó que iba á armarse una de tiros que quedarían pocos para contarle. Y sin embargo, fuera de algunos distritos, en que los electores se han cazado á tiros mutuamente; fuera de algunas palizas con que se ha reforzado la defensa de tales ó cuales teorías y doctrinas; fuera de la siembra de rencoros, que amenaza cosecha de venganzas en muchas localidades, el doctor Pangloss hubiera podido repetir pasándose por España, que vivimos en el mejor de los mundos posibles.

Y la verdad es que nos quejariamos de vicio, si lanzáramos alguna queja. Hemos elegido libérrimamente á unos cientos de caballeros, ansiosos de sacrificarse por nuestro bien y ha de faltar tiempo á los mismos para llenar sus compromisos de honor. Ya verán ustedes cómo todos ellos, impulsados por noble emulación, presentan proyectos y realizan reformas para fomentar la riqueza pública, aminorar los impuestos, resolver la cuestión social y lavar la mancha, cada vez más negra, de dejar que los maestros de escuela se mueran de hambre. Ya verán ustedes, cómo logramos el respeto en el exterior y el orden en el interior; ya verán ustedes cómo llevamos á la práctica las reformas, que por lo visto son indispensables, y como aumentamos las escamparinas y lamchones que constituyen hoy nuestra podalía naval; ya verán ustedes como recordamos con pafio conservar los parcelos liberales de otros tiempos y cómo crece y se desarrolla el ministerio de Fomento realizando obras públicas con fines más altos que los de satisfacer compromisos electorales; ya verán, por último, cómo sabemos impulsar á la política ultramarina por nuevas corrientes, para que nuestro poder colonial, á fin del siglo XIX, responda á los sueños que pudieron alimentarse en el siglo XVI.

No hay que pensar en que los nuevos padres de la patria malgasten el tiempo en estériles debates, ni dejen de asistir á las sesiones, dificultando la celebración de las mismas; y mucho menos en que han de utilizar su investidura para sus personales modros ó los de su familia respectiva. Nada de eso. El sufragio universal es el colmo de la perfección, y estas primeras Cortes, hijas del sufragio, nacen llamadas á gloriosísimas empresas.

Ténganlo entendido así para su consuelo los electores que hoy lamentan su libertad perdida ó se consagran á curarse fracturas de brazos y piernas, y no lo olviden tampoco las viudas y los huérfanos de los muertos. El triunfo de las grandes causas reclama siempre su contingente de mártires, y no es mucho que el sufragio, cuyas dulzuras nos han expuesto tan repetidamente los sectarios de la democracia, haya obligado á que se compran algunos lutos en Guadalajara, Salamanca, Valencia, Murcia, Barcelona y otras provincias.

Descendiendo ahora á más gratos asuntos y á un mundo que se halla en mayor armonía con mis aficiones, consagrare breves palabras á la Asociación de Escritores y Artistas, guiándome por la Memoria de su distinguido secretario el Sr. Castillo Soriano, referente al año últimamente transcurre.

Esta sociedad, que debió su vida á un inolvidable redactor de *La Correspondencia*, D. José María del Campo y Navas, se halla hoy en situación tan próspera como acaso no pudo nunca soñar nunca.

Muchas y muy sensibles han sido las pérdidas causadas en dicho año por la muerte en las filas de la sociedad: entre ellas figuran las de Gayarre, Ronconi, Mariano Fernandez, Coupigni, Plascencia, Rodriguez Rubi, Vicenta, Teresa Arroz, Saviron, Garlajo, contador inteligentísimo de la sociedad y otros muchos, si no igualmente ilustres, dignos igualmente del recuerdo de cuantos fueron sus compañeros.

La Asociación, durante el año transcurrido, ha costado la sepultura de algunos de sus individuos muertos y ha repartido entre socorros ordinarios, extraordinarios y eventuales, 3550 pesetas. Uniendo á esta cantidad las de un legado del Sr. Sanchez Escandon y los donativos del marqués de Urquijo y marquesa de Cubas, resulta que la sociedad ha distribuido 6825 pesetas.

El personal facultativo ha prestado durante el año notables servicios, y muchos hijos de socios continúan recibiendo educación gratuita en los colegios que siguen concediendo á la sociedad este favor.

El baile dado el año anterior en el teatro Real produjo un beneficio líquido de 11289'15 pesetas.

La Asociación ha proseguido amistosas relaciones con todas las corporaciones de índole análoga; ha contribuido á formar núcleos de escritores y artistas en varias capitales; ha seguido gestionando el mejor éxito en las relaciones de carácter internacional; ha intervenido en numerosos trabajos de carácter literario; se ha honrado colocando una lápida en la casa en que murió su protector el señor marqués Urquijo, y en breve colocará otra en la casa habitación del ilustre Hartzembusch.

Satisfechas las múltiples atenciones de la sociedad, cuenta hoy esta con un sobrante de 14662'82 pesetas.

El capital social es de 1.018'750 reales vellón.

El número actual de sus socios es de 706.

Son tan elocuentes las cifras que anteceden, que relevan de la necesidad de toda consideración y comentario. Una sociedad que en quince años de vida ha conquistado el crédito de que disfruta la de Escritores y Artistas; que satisface constantemente numerosas atenciones de carácter benéfico; que atiende y cura á sus enfermos y entera y glorifica á sus muertos; que cuenta en su historia páginas tan honrosas como las fiestas del centenario de Calderon y la Exposición Artística de 1884, y que cuenta hoy con un capital de más de un millón de reales, bien merece seguramente la consideración y el respeto que dentro y fuera de España ha logrado alcanzar.

Y ese capital habrá sido aumentado á estas fechas con algunos millares más de pesetas, producto del brillantísimo baile celebrado el día 31 de enero en el teatro Real.

¿Es que todo se empequeñece á que nuestra sociedad vuelve á su infancia? Y no lo digo por la agrupación de precoces criminales, recientemente descubierta en Sevilla, ni por los cuatro niños asesinos de París: lo digo, dentro del terreno artístico, por la compañía infantil que representa en uno de nuestros teatros. *El viaje á Lilliput* y por la niña Milagros Gorgé, de siete años, que en el teatro de la zarzuela canta *Campanone y Marina*, entre los entusiastas aplausos de los espectadores.

Muy digna de estas muestras de entusiasmo es indudablemente la niña Gorgé; pero ¿no hay en el público cierta complicidad en la desgracia de una pobre niña, obligada á ejercitar las artes del finjimento en una edad en que todo debe ser espontáneo y á estropear sus facultades naturales, obligándolas á un esfuerzo excesivo? De otra manera; la ley que protege á los niños para que no sean objeto de una especulación en los trabajos acrobáticos ¿no alcanza á los que consagrados al canto ó á la declamación se ven privados de los juegos propios de la edad infantil?

No es la primera vez que trato este asunto, ni creo que será la última: junto á los aplausos tributados á Gemma Cuniberti y á otras personalidades del arte infantil, surgió siempre mi protesta y hoy mismo, podría decir en apoyo de mis opiniones:

Recientemente acaba de fallecer un niño á quien también se conceptuó como un prodigio para la declamación. ¿No ha podido influir en esta desgracia el género de vida á que estuvo sometido y el esfuerzo intelectual que hubo de realizar? Qué inmensas tristezas debe dejar en pos de sí la muerte de una criatura que en tales condiciones es arrebatada al amor de su familia; pero á un amor ciego que la agosta, que impide su desarrollo físico y que la postra al cabo en el sepulcro.

No contribuya, pues, el público á que se aumente el número de las víctimas del trabajo intelectual, y antes de batir palmas á los niños precoces, piénsese si le conviene aceptar una solidaridad lamentable en las contingencias del porvenir de los mismos.

M. OSSORIO Y BERNARDI

(1) Se colocan en los quincos de las puertas ratos precortes á hojas de laurel durante el tiempo de Christmas.